



III

A las diez menos cuarto de la mañana del siguiente día, bajó Pedro al primer piso del palacio para presentarse en la audiencia del cardenal Boccanera. Hacía poco habíase despertado lleno de valor y dominado otra vez por el entusiasmo ingénuo de su fe; del extraño abatimiento que experimentara la víspera ya no quedaba nada ni tampoco de las dudas y sospechas que se apoderaran de él en su primer contacto con Roma, cuando aun le duraba el cansancio del viaje. Hacía un tiempo tan hermoso, estaba tan puro el cielo que su corazón se animó y latió esperanzado.

En el vasto descansillo de la escalera hallábase abierta de par en par, la puerta de la primera antecámara. El cardenal, que era uno de los últimos cardenales pertenecientes al patriciado romano, al abandonar y cerrar los salones de gala, cuyas ventanas daban

á la calle, y en los que todo se caía de viejo, quedóse las habitaciones reservadas para recepciones que ocupara uno de los hermanos de su abuelo, cardenal también como él, allá en el siglo dieciocho. Esa serie formada por cuatro inmensas piezas, de una altura de seis metros y que recibían luces de la callejuela en pendiente que bajaba al Tiber. En ellas no penetraba jamás el sol por impedirlo las elevadas casas de enfrente. La instalación de aquellos salones habíase conservado con todo el fausto y la pompa de los príncipes de antaño, grandes dignatarios de la Iglesia; pero no se hizo en ellos nunca ninguna reparación; no se tomó ninguna precaución ni cuidado y los tapices caíanse á pedazos, el polvo carcomía los muebles en medio de la más completa indiferencia tras la que se presentía una voluntad altanera, decidida á detener el tiempo.

Experimentó Pedro un ligero encogimiento al entrar en la primera habitación destinada á antecámara de los criados. En otra época había de guardia dos gendarmes pontificios de uniforme, destacándose entre una oleada de criados y, á la sazón, un solo criado aumentaba con su presencia fantasmática la melancolía de aquella vasta sala que estaba medio á oscuras. Lo que sobre todo llamaba más la atención era la presencia de un altar colocado entre dos ventanas; los paños del altar eran rojos, lo mismo que el dosel que lo remataba y bajo éste veíanse bordadas las armas de los Boccanera, el dragón alado, echando llamas; *Bocca nera*, *Alma rossa*. Y el sombrero rojo del hermano del abuelo, el gran capello de ceremonia, encontrábase igualmente allí, lo mismo que los dos almohadones de seda roja y dos antiguos quitasoles que llevaban antaño en la carroza cada vez que salían. En medio del silencio abso-

CAPILLA ALFONSO VI
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

luto que allí reinaba díjese se oía el ruidito discreto de las polillas y cárcomas que desde hacía un siglo destruían aquel pasado muerto que un golpe dado con el plumero hubiera hecho caer convertido en polvo.

La segunda antecámara, aquélla en la que en épocas anteriores solía recibir el secretario, era también muy espaciosa y en aquel entonces estaba vacía. Tuvo Pedro que atravesarla y no descubrió á don Vigilio hasta que llegó á la tercera, á la antecámara noble. Con su personal reducido entonces á lo más estrictamente necesario, el cardenal había preferido tener á su secretario cerca, á la puerta misma de la sala del trono que era en la que recibía. Y don Vigilio tan flaco, tan amarillo y tembloroso de calenturas, hallábase allí á un lado tras pobre y humilde mesa negra cubierta de papeles. Abismado tras un legajo enorme levantó la cabeza y reconoció al visitante, y con voz muy baja, mejor aun con un murmullo que apenas interrumpió aquel silencio; dijo:

—Su eminencia está ocupado... haced el favor de esperar.

Volvióse á entregar á su lectura, sin duda para evitar así toda tentativa de conversación.

No atreviéndose á sentarse, entretúvose Pedro en examinar la habitación que estaba aun más estropeada que las otras dos con sus tapicerías de damasco verde, gastado por los años y semejante al musgo que pierde su color bajo los árboles. En cambio el techo conservábase aun soberbio, con sus adornos de gran suntuosidad, un friso de artesonado pintado y dorado que servía como de marco á un *Triunfo de Anfítre*, á un fresco de un discípulo de Rafael. Y siguiendo en un todo la antigua costumbre era en esta habitación en la que

se hallaba depositada la birreta cardenalia sobre una credencia y al pié de un gran crucifijo de ébano y marfil.

Acostumbróse al cabo á aquella semioscuridad y se excitó de pronto su curiosidad al ver un retrato de cuerpo entero del cardenal, cuadro que debía estar pintado recientemente. Al cardenal habíanlo representado en traje de gran ceremonia, con sotana de moaré rojo, el roquete de encaje y la capa cayendo de una manera regia desde los hombros. Y aquel viejo de elevada estatura y de setenta años, conservaba con sus hábitos eclesiásticos, con su rostro completamente afeitado y el cabello blanco, tan fuerte aun que se le rizaba y caía en bucles sobre los hombros, toda su altanera actitud de príncipe ó gran señor. Aquella era la máscara dominante de los Boccanera, nariz prominente, boca grande con lábios delgados, y todo esto en una cara larga surcada por numerosas arrugas. Y eran, sobre todo, los ojos de su raza, aquellos ojos muy oscuros, llenos de ardiente vida y coronados por cejas aun negras, los que iluminaban aquel rostro. A tener la corona de laurel en la cabeza, la suya habría recordado las de los emperadores romanos, hermosas y dueñas del mundo, como si por sus venas circulara la sangre de Augusto.

Sabía Pedro su historia y aquel retrato la evocó en su memoria. Habíase educado Pío Boccanera en el Colegio de Nobles, y solo salió una vez de Roma cuando no era más que diácono, para ir á Paris á llevar como ablegado, una birreta cardenalia. Después de eso su carrera eclesiástica desarrollóse soberanamente y los honores fueron á él de la manera más natural del mundo y debidos á su nacimiento. Consagróse con sus propias manos Pío IX, más tarde fué nombrado canó-

CAPILLA ALFONSA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

nigo de la Basílica Vaticana, camarero secreto participante y más adelante, después de la ocupación italiana, mayordomo, y por fin, en 1874, cardenal. Desde hacía cuatro años era camarlengo y se decía, en voz baja, que León XIII le eligió para ese cargo, del mismo modo que en época anterior le eligiera Pío IX á él mismo, para eliminarle de la sucesión al trono pontificio, porque si al nombrarle, el cónclave había olvidado la tradición que decía que el camarlengo no debía ser elegido papa, tal vez retrocedería antes de cometer una nueva infracción.

Y se decía aún más, se aseguraba que, lo mismo que durante el reinado anterior, continuaba esa sorda lucha entre el papa y el camarlengo, este último apartado á su lado, condenando la política de la Santa Sede, con opiniones radicalmente opuestas en todo y esperando en silencio y sumido en el vacío actual de su cargo, á que muriese el papa, lo que le daría el poder interinamente hasta que se eligiese pontífice nuevo, con la obligación de reunir antes el conclave y cuidar de la buena tramitación transitoria de los asuntos de la Iglesia. ¿No se ocultaría detrás de aquella despejada y severa frente, en el fulgor de sus negros ojos la ambición del papado, el ensueño de intentar la aventura del cardenal Pecci, camarlengo y papa? Su orgullo de príncipe romano no conocía más que Roma, tenía á gloria ignorar por completo el resto del mundo moderno y, aparte de esto, mostrábase muy piadoso, austero en materia religiosa, con fé plena y poderosa é incapaz de entibiarse por la más ligera duda.

Un murmullo distrajo á Pedro de sus cavilaciones. Era don Vigilio que le invitaba con su aire prudente de costumbre, á que se sentase.

—Tal vez esto dure mucho y lo mejor que podeis hacer es cojer un taburete y sentaros.

Y dicho esto empezó á llenar con una letra menudita y fina una gran hoja amarillenta mientras que Pedro, de una manera maquinal, y para obedecer se sentó en uno de los taburetes de los colocados en hilera á lo largo de la pared frente al retrato. Dejóse arrastrar por sus meditaciones y se le figuró ver renacer y brillar á su alrededor el fausto de príncipe de un cardenal de los pasados tiempos. Antes, todo el día que le nombraban, daba el cardenal fiestas, pagaba regocijos públicos de los que aún se citan algunos por su esplendor. Durante tres días estaban abiertas de par en par las puertas de los salones de recepción, y entraba todo el que quería y de sala en sala pasábanse los hujieres los nombres del patriciado, burguesía y pueblo, de Roma entera, en fin, siendo todos recibidos por el nuevo purpurado con soberana bondad y cual pudiera haberlo hecho un rey con sus súbditos. Después de esto era á manera de una realeza organizada, pues algunos cardenales llevaban un séquito de más de quinientas personas y tenían una casa régia que comprendía dieciseis oficios ó servidumbres y vivían en medio de una verdadera corte. Hasta en época más reciente, cuando la vida se simplificó, un cardenal, si era príncipe, tenía derecho á un tren de gala de cuatro carruajes arrastrados por caballos negros. Procedíanle cuatro criados con la librea de sus armas, llevando el sombrero, el almohadón y los quitasoles. Acompañábanle además el secretario con manteo de seda color violeta, el caudatario revestido con la *crocia*, especie de balandrán de lana violeta con forros de seda, el gentil-hombre con traje de de la época de Enrique II y llevando la birreta

cardenalicia entre sus enguantadas manos; aunque disminuído ya el tren de la casa comprendía aún al auditor, encargado del trabajo de las congregaciones, al secretario empleado únicamente en el despacho de la correspondencia, al maestresala que introducía las visitas, al gentilhomme portador de la birreta, al caudatario, al capellán, al mayordomo, al ayuda de cámara sin contar una nube de lacayos, porteros de estrados, cocineros, cocheros, palafreneros y otros, verdadero pueblo que zumbaba como una colmena en aquellos inmensos palacios. Y con ese pueblo era con el que Pedro imaginativamente llenaba las tres vastas antecámaras que precedían al salón del trono; era una oleada de lacayos de librea azul con blasonados galones, aquel mundo de abates y de prelados con manteos de seda, que revivían ante sus ojos, moviéndose con una vida apasionada y magnífica bajo los altos artesonados vacíos, en la semioscuridad de las tinieblas que iluminaba con su esplendor resucitado.

Pero, á la sazón, y sobre todo después de la entrada de los Italianos en Roma, habíanse quebrantado muchísimo las fortunas de casi todos los príncipes romanos y desaparecido el fausto de los altos dignatarios de la Iglesia. El patriciado, al apartarse en su ruína de los cargos eclesiásticos, mal renumerados, los abandonó á la ambición de la modesta burguesía. El cardenal Bocanera, último príncipe de la nobleza antigua revestido de púrpura, no tenía más que, aproximadamente unos treinta mil francos para sostener su rango; los veintidos mil de su cargo, aumentado con lo que le producían algunos otros emolumentos. Nunca habría podido salir del paso si *donna* Serafina no acudiera en su auxilio con las migajas de la antigua fortuna patri-

monial que en tiempos abandonára él á sus hermanas y á su hermano. *Donna* Serafina y Benedetta vivían aparte, en sus habitaciones, como en otra casa, con su mesa, sus gastos personales y servidumbre completamente separados. El cardenal no tenía á su lado más que á su sobrino Darío y nunca daba ni una comida ni una recepción. El gasto más grande que tenía era su antiguo coche, pesada carroza de dos caballos que le imponía el ceremonial, porque un cardenal no puede andar á pie por Roma. Y para esto su cochero, antiguo servidor de la familia, le ahorra un mozo de cuadra con su testarudez de cuidar solo la carroza y los dos caballos negros envejecidos como él al servicio de la familia. Había dos lacayos, padre é hijo, este último nacido en el palacio. La mujer del cocinero ayudaba al servicio de la cocina. Las reducciones en donde tenían más alcance era en la antecámara noble y en la primera antecámara, pues todo el antiguo personal, tan numeroso como brillante, habíase reducido á dos modestos curas, don Vigilio, el secretario, que era al mismo tiempo auditor y mayordomo, y al abate Paparelli, el caudatario, que servía también de capellán y de maestresala. En aquellos lugares en que antes una multitud de gente de todas condiciones á sueldo, circuló llenando los salones con su esplendor, no se veían entonces más que dos sencillas sotanas negras deslizarse sin ruido; dos sombras discretas perdidas en la sombra de las muertas habitaciones.

¡Y cómo comprendió Pedro al presente toda la alta-nera indiferencia del cardenal dejando que el tiempo concluyese su obra de ruína en aquel palacio de sus antepasados, al cual no podía devolver la gloriosa vida de antaño! Construído para esa vida, para el tren soberano

de un príncipe del siglo xvi, el palacio veníase abajo, desierto y obscuro, sobre la cabeza de su último dueño, que ni tenía bastante servidumbre para llenarlo, ni habría sabido cómo pagar el yeso necesario para las reparaciones. Entonces, puesto que el mundo moderno se mostraba hostil, puesto que la religión había dejado de ser reina y una vez que la sociedad había cambiado y se marchaba hacia lo desconocido en medio de los odios y de la indiferencia de las nuevas generaciones, ¿por qué no dejar que el mundo antiguo cayese en polvo con el orgullo obstinado de su gloria secular? Los héroes solo, eran los que morían en pie sin abandonar nada del pasado, fieles hasta el último aliento á la misma fé, no teniendo más que la dolorosa bravura, la tristeza infinita de asistir á la lenta agonía de su Dios. Y en aquel retrato de cuerpo entero del cardenal, en su pálida faz, tan altanera, tan desesperada y valiente, había esa testaruda voluntad de perecer bajo los escombros del caduco edificio social antes que consentir que cambiase ni una sola piedra.

Distrájole al abate de sus cavilaciones el roce de un paso furtivo, de un trotecillo de ratón, que le hizo volver la cabeza. Acababa de abrirse una puerta en la tapicería, y Pedro experimenta la sorpresa de ver detenerse ante él á un cura de unos cuarenta años obeso y bajito, al que habríase podido tomar por una solterona con falda negra y de mucha edad, de tal modo estaba su rostro surcado de arrugas. Era el abate Paparelli, el caudatario, maestresala, que con este último título estaba encargado de introducir á los que pedían audiencia, y se disponía á preguntar al que veía allí, cuando intervino don Vigilio para enterarle de lo que pasaba.

—¡Ah! ¡Esta bien! El señor abate Froment, al que

su eminencia se dignará recibir... Es preciso esperar... esperar.

Y con su paso silencioso fuese á ocupar su sitio en la segunda antecámara, que era en donde acostumbraba á estar.

A Pedro no le agradó mucho aquel rostro de vieja devota, descolórido por el celibato y extragado por prácticas muy rudas, y como don Vigilio, la cabeza cargada y las manos ardorosas de calentura, no había reanudado su trabajo se atrevió á interrogarle. ¡Oh! El abate Paparelli, un hombre de la fe más ardiente, que sencillamente, por humildad, permanecía en un sitio tan modesto al lado de su eminencia! Alguna vez, queriendo éste recompensarle, no desdeñaba el escuchar su opinión. En los ojos ardientes de don Vigilio había una sorda ironía, una cólera velada aún, mientras que continuaba examinando atentamente á Pedro con el aire ya más tranquilo, influído por la evidente rectitud del carácter de aquel extranjero, que no debía pertenecer á ningún bando. Así concluyó por abandonar su continua y enfermiza desconfianza hasta el extremo de hablar un momento.

—Sí, sí, á veces hay mucho trabajo y bastante duro... su eminencia pertenece á varias congregaciones; á la del Santo Oficio, á la del Índice, á la de los Ritos, á la Consistorial, y para la resolución de todos los asuntos que le incumben es por mis manos por donde pasan todos los antecedentes. Es necesario que los estudie yo uno por uno, que haga un resúmen y que, en una palabra, lo desenmarañe... Sin contar que, por otra parte, toda la correspondencia pasa por mis manos. Felizmente su eminencia es un santo que no intriga ni por él ni

para los demás, y esto nos permite vivir un poco apartados.

Interesóse Pedro por esos detalles íntimos de una de esas existencias de príncipe de la Iglesia, tan ocultas por lo general y tan desfiguradas por la leyenda. Así supo que el cardenal, tanto en invierno como en verano, se levantaba á las seis de la mañana; que decía la misa en una capilla, reducida habitación amueblada únicamente con un altar de madera pintada y en la que no entraba nadie nunca. Sus habitaciones particulares reducíanse á un dormitorio, un comedor y un despacho, piezas todas modestas, pequeñas, que hicieron de un gran salón con ayuda de tabiques. Vivía sumamente aislado, sin lujo y como un hombre probo y sobrio. A las ocho tomaba el desayuno, una taza de leche fría, y después, en las mañanas que había sesión, se dirigía á las congregaciones de que era miembro, ó si no, se quedaba en su casa para recibir en audiencia. La comida era á la una y tras ella venía la siesta hasta las cuatro ó las cinco en el verano, la siesta de Roma, el momento sagrado durante el cual un criado no se hubiera atrevido á llamar á la puerta. Los días en que hacía buen tiempo, después de la siesta daba un paseo en coche hacia la parte de la antigua vía Appia, de donde regresaba al ponerse el sol y cuando tocaban el Ave María. Por último, después de recibir de siete á nueve, cenaba y se retiraba á un cuarto del que no volvía á salir, trabajando solo ó acostándose. Los cardenales suelen visitar al papa dos ó tres veces al mes y en días fijos para las necesidades del servicio; pero desde hacía más de un año al camarlengo no le recibía en audiencia particular, lo que era una señal de desgracia, una prueba de guerra,

de las que en el mundo negro se hablaba en voz baja y con cautela.

—Su eminencia es algo rudo,—siguió diciendo *don Vigilio*, con dulzura y dichoso al poder hablar en un momento de expansión—pero hay que verle sonreír cuando su sobrina, la *contessina*, á la que idolatra, baja á darle un beso... Ya sabéis que si os reciben bien lo debéis á la *contessina*...

En este momento le interrumpieron. Oyóse un ruido de voces que procedía de la segunda antecámara y se levantó con mucha viveza haciendo después una profunda reverencia al ver entrar á un hombre grueso con sotana negra ceñida con faja roja, cubierta la cabeza con un sombrero con cordón rojo y oro y al que guiaba el abate Paparelli con todo un despliegue de humildes reverencias. Había hecho á Pedro una señal para que se pusiese también en pie y pudo aún apuntarle quedamente:

—El cardenal Sanguinetti, Prefecto de la congregación del Índice.

Entretanto el abate Paparelli se prodigaba, apresuraba y repetía con aire de beata satisfacción:

—Están esperando á vuestra eminencia reverendísima... tengo orden de acompañar inmediatamente á su eminencia... Está también aquí su eminencia el Gran Penitenciario.

Sanguinetti, en alta voz y andando con paso sonoro tuvo un arranque brusco y familiar:

—Sí, sí, me han detenido una multitud de importunos. No se hace nunca lo que se quiere. En fin, ya estoy aquí.

Era un hombre de sesenta años, grueso, rechoncho,

de faz redonda y colorada, con una nariz enorme, labios gruesos y ojos muy vivos siempre en movimiento; pero que llamaba la atención por su aire de juventud activa, casi turbulenta, con el cabello muy negro aún, apenas sembrado de canas, muy cuidado y recogido en bucles sobre las sienes. Había nacido en Viterbo, hecho sus estudios en el seminario de aquella ciudad antes de ir á Roma á terminarlos en la Universidad Gregoriana. Sus hojas de servicio eclesiásticas probaban que había hecho pronto su camino y que su inteligencia era muy ductil; primero, secretario de la Nunciatura en Lisboa; en seguida le nombraron obispo titular de Thebas y le encargaron de una misión muy delicada en el Brasil, y á su regreso nombraronle nuncio en Bruselas y después en Viena, y por último cardenal, sin contar con que acababa de obtener el obispado suburbicario de Frascati. Muy hecho á los negocios y habiendo recorrido toda Europa no tenía en contra suya más que su ambición demasiado ostensible, su espíritu intrigante siempre en acecho. A la sazón decíase de él que era irreconciliable y que exigía de Italia la devolución de Roma, por más que en otra época hubiese intentado parlamentar con el Quirinal. Dominado por un furioso afán de ser el papa de mañana, saltaba de una á otra opinión y pasaba grandes trabajos para conquistar á gentes á las que abandonaba en seguida. Dos veces habíase ya malquistado con León XIII y luego creyó más político someterse. La verdad era que, siendo un candidato casi declarado al papado, se gastaba por su propio esfuerzo, metiéndose en muchas cosas ó haciendo mover á mucha gente.

Pedro, sin embargo, no vió en él más que al Prefecto de la congregación del Índice y una sola idea le

emocionó; la de que aquel hombre iba á decidir de la suerte de su libro. Así que cuando el cardenal desapareció y el abate Paparelli se volvió á la segunda antecámara, no pudo por menos de preguntar á don Vigilio:

—¿Sus eminencias el cardenal Sanguinetti y el cardenal Boccanera están muy unidos?

Una sonrisa arrugó los labios del Secretario, mientras que en sus ojos centelleaba una ironía que no fué dueño de dominar.

—¡Ah! ¡Muy unidos, no, no! Se ven, cuando no tienen más recurso que hacerlo.

Y explicó que todos tenían grandes miramientos hácia la elevada alcornica de nacimiento del cardenal Boccanera de modo, que de muy buena voluntad reuníanse en casa de este cuando se presentaba algún asunto grave, como sucedía precisamente aquel día, que exigía una entrevista ó reunión aparte de las sesiones de costumbre. El cardenal Sanguinetti era hijo de un humilde médico de Viterbo.

—¡No, no! Sus eminencias no son tan amigas... cuando no se profesan las mismas ideas ni se tiene el mismo carácter es muy difícil entenderse y sobretodo Cuando se estorban mutuamente!

Dijo esto muy bajo, como á si mismo y con su pálida sonrisa. Por otra parte Pedro, entregado por completo á sus preocupaciones personales apenas le escuchaba.

—Puede que sea para tratar de algún asunto de la congregación del Índice para lo que están, reunidos —indicó.

Debía saber don Vigilio que era lo que motivaba la reunión; más se limitó á responder que de tratarse de un asunto de la congregación del Índice, se habrían

reunido en casa del Prefecto de la congregación. Y Pedro, cediendo á los impulsos de la impaciencia, vióse obligado á hacer una pregunta directa.

—¿No estáis enterado de mi asunto, del referente á mi libro? Puesto que su eminencia forma parte de la congregación y que todos los asuntos pasan por vuestras manos, tal vez podríais darme alguna interesante noticia [no sé nada aún y son tan grandes los deseos que tengo de saber algo!

De pronto apoderóse otra vez de don Vigilio su inquieto azoramiento y balbuceó desde luego que no había visto el legajo referente al asunto, y decía la verdad.

—Os aseguro que no nos han mandado nada aun, que no tenemos ningún documento y que lo ignoro todo.

Viendo que el abate Froment iba á insistir, le hizo señal de que se callase y se puso á escribir dirigiendo hácia la segunda antecámara miradas furtivas, temeroso sin duda de que el abate Paparelli estuviese escuchando. Decididamente había hablado demasiado pronto y se encogió tras su mesa, fundiéndose y desapareciendo en su sombrío rincón.

Volvió entonces Pedro á sus cavilaciones, dominado de nuevo por cuanto desconocido le rodeaba, por la tristeza antigua y adormilada de las cosas. Debieron transcurrir interminables minutos; era cerca de las once. Y un ruido de puerta, un rumor de voces le despertó al fin. Inclínose respetuosamente ante el cardenal Sanguinetti que se marchaba en compañía de otro cardenal muy flaco, muy alto, que tenía rostro grissento y largo de asceta. Ni uno ni otro parecieron, sin embargo, apercibirse de la presencia de aquel humilde clé-

rigo extranjero inclinado respetuosamente á su paso. Iban hablando familiarmente en alta voz.

—¡Ah! sí, el viento ha cedido y hace más calor que ayer.

—Con seguridad que mañana tendremos siroco.

El silencio solemne volvió á apoderarse otra vez de la grande y oscura habitación; don Vigilio seguía escribiendo sin que se oyese el ruido de la pluma al correr sobre el duro papel amarillento. Oyóse un tenue tañido de cascada campanilla y el abate Paparelli acudió corriendo desde la segunda antecámara, desapareció durante un momento en la sala del trono y luego se presentó para llamar con una señal á Pedro al que anunció con acento ligero:

—El señor abate Pedro Froment.

El salón del trono, muy espacioso, era también una verdadera ruína. Bajo el admirable artesonado de madera tallada y dorada, los rojos tapices de las paredes, de un brocatel de grandes ramos, caíanse á pedazos. Habíanse hecho algunos remiendos; pero el uso deslucía con tonos pálidos el purpúreo sombrío de la seda, en otros tiempos de un fausto resplandeciente. La curiosidad que encerraba aquella habitación era el antiguo trono; el sillón forrado de roja seda en que se sentaba el Santo Padre cuando iba á visitar al cardenal. Un dosel, también de seda roja, lo coronaba y bajo el hallábase también colgado el retrato del papa reinante. Según la regla, el sillón estaba vuelto de cara á la pared para indicar que nadie se debía sentar en él. Aparte de eso no había más mobiliario en toda la sala que sofás, sillones, sillas y una maravillosa mesa Luis XIV de madera dorada, con un precioso mosaico que representaba el rapto de Europa.

Pedro no vió al principio más que al cardenal Bocanera, en pie, al lado de otra mesa que le servía de escritorio. Con su sencilla sotana negra ribeteada de rojo y con botones del mismo color, parecía aun más alto y más altivo que en su retrato con su traje de ceremonia. Eran los mismos cabellos blancos en bucles, el rostro prolongado, cortado por numerosas arrugas, con su nariz prominente y delgados labios; eran aquellos ardientes ojos iluminando un rostro pálido bajo las espesas cejas que aún se conservaban negras. Lo único que había era que el retrato no tenía aquella soberana y tranquila fé que se desprendía de la persona, una certidumbre total de saber en donde se hallaba la verdad y una voluntad inquebrantable de atenerse siempre á ella.

Bocanera no se movió contemplando fijamente con su mirada penetrante al visitante que se adelantaba y el presbítero, que conocía el ceremonial, se arrodilló y besó el grueso rubí que el cardenal llevaba en el dedo; pero en seguida aquel hizole levantarse.

—Sed bienvenido, hijo mío, á nuestra casa... Mi sobrina me habló de vuestra persona con tanta simpatía que me considero muy dichoso al recibirlos.

Habíase sentado al lado de la mesa sin decirle á Pedro que cogiese una silla, y continuó examinándole y hablando con voz lenta y cortés.

—¿Fué ayer por la mañana cuando llegastéis y bien cansado, no es verdad?

—Vuestra eminencia es demasiado bondadoso... sí, rendido tanto de cansancio como por la emoción ¡ese viaje tiene tanta gravedad para mí!

El cardenal parecía que no quería entablar desde las primeras palabras la cuestión más grave.

—No lo dudo. Es muy grande la distancia que hay de París á Roma. Hoy se recorre muy deprisa; pero antes ¡qué viaje más interminable!

Su voz se animó:

—He ido tan solo una vez á París ¡oh! hace de esto mucho tiempo, muy pronto cincuenta años, y para pasar allí pocos días, apenas una semana.... Una grande y hermosa ciudad ¡sí! ¡sí! mucha gente en las calles, gentes bien educadas, un pueblo que hace cosas admirables. No se puede olvidar, ni aun en las tristes horas de la actualidad que Francia ha sido la hija mayor de la Iglesia... Desde que hice ese único viaje no he vuelto á salir de Roma.

Y con un gesto de tranquilo desdén acabó su pensamiento ¿á qué conducían los viajes al país de la duda y de la rebelión? ¿Era que Roma no bastaba, Roma que gobernaba el mundo, la ciudad eterna que en los tiempos profetizados debía volver á ser la capital del mundo?

Mudo Pedro, y evocando en su imaginación al príncipe batallador y violento de otros tiempos, reducido á llevar aquella sencilla sotana, le encontró hermoso con su orgullosa convicción de que Roma se bastaba á sí misma. Esa obstinación de ignorancia, esa voluntad de no contar con las demás naciones, más que para tratarlas como vasallas, inquietáronle sobre todo cuando por un retorno sobre sí mismo, pensó en el motivo que le llevaba allí. Y como se hubiese restablecido el silencio, creyó que debía entrar en materia con un homenaje.

—Antes de practicar ninguna diligencia quise poner mi respeto á los piés de vuestra eminencia, por que es en ella en quien únicamente tengo confianza y por tanto la suplico que me aconseje y dirija.

Entonces, con un ademán, invitó a Boccanera á que se sentase en una silla enfrente de él.

—No os rehusaré mis consejos, hijo mío, pues los debo á todo cristiano deseoso de hacer bien. En lo que haríais mal, sería en contar con mi influencia, porque es nula... vivo completamente apartado de todo y no puedo pedir nada... pero esto no impedirá el que hablemos un poco.

Y siguió abordando francamente el asunto, sin astucia alguna como hombre dotado de un espíritu absoluto y valiente que no teme las responsabilidades.

—¿No es así? Creo habéis escrito un libro titulado *Nueva Roma* y venís para defender ese libro que está sometido á la congregación del Índice. No lo he leído n, y ya comprenderéis que no puedo leerlo todo.

Leo únicamente las obras que me envía la congregación de la que formo parte desde el año pasado y con mucha frecuencia me doy por satisfecho con un extracto que me hace mi secretario... Mi sobrina Benedetta leyó vuestro libro y me dijo que no carece de interés, que al principio la admiró y que después la conmovió... Os prometo, pues, que lo leeré y estudiaré con mucho cuidado los pasajes criminosos.

Aprovechó Pedro la ocasión para empezar á defender su causa y creyó que lo mejor era desde luego indicar sus referencias en París.

—Vuestra eminencia comprenderá mi estupor cuando supe que perseguían mi libro... El señor vizconde Filiberto de la Choue, que me dió repetidas pruebas de amistad, dice sin cesar que un libro semejante es la mayor arma para la Santa Sede.

—¡Oh! ¡El señor de la Choue! ¡El señor de la Choue!—repetió el cardenal, con una mueca de bené-

voló desdén.—No ignoro que el vizconde se cree ser un buen católico... es algo pariente nuestro... ¿lo sabéis? Y cuando se hospeda aquí le veo con gusto, pero con la condición de que no hemos de hablar de ciertas cosas acerca de las cuales no podemos jamás ponernos de acuerdo... Pero en fin, el catolicismo de ese distinguido y bueno de la Choue, con sus corporaciones, sus círculos de obreros, su democracia de cara limpia y su vago socialismo, no es en suma más que literatura.

Esta palabra chocó á Pedro por que comprendió toda su despreciativa ironía que le alcanzaba á él también. Por esto se apresuró á nombrar á otro que salía garante por él y al que creía de indiscutible autoridad.

—Su eminencia el cardenal Bergerot tuvo á bien conceder á mi obra su entera aprobación.

De pronto el rostro de Boccanera cambió bruscamente; no fué la censura burlona, la lástima que inspira el acto poco meditado de un niño, acto avocado á un fracaso cierto, no: fué una llamarada de cólera la que iluminó sus negros ojos y un deseo de combate el que endureció la faz entera.

—Sin duda,—dijo con mucha lentitud,—el cardenal Bergerot tiene gran fama de piedad en Francia. En Roma le conocemos muy poco. Personalmente no le he visto más que una vez, que fué cuando vino por el capelo. Y no me permitiría juzgarle si últimamente sus actos y sus escritos no hubiesen contristado mi alma de creyente. Desgraciadamente no soy el único y aquí, en el Sacro Colegio, no encontraréis nadie que apruebe su conducta.

Callóse un momento y después, con voz muy clara, añadió:

BIBLIOTECA LAMBERTIANA

—El cardenal Bergerot es un revolucionario.

Esta vez la sorpresa que experimentó Pedro fué tan grande que le dejó mudo. ¡Un revolucionario! ¡Dios mío! aquel pastor de almas, tan cariñoso, de inagotable caridad y cuyo sueño era que Jesús volviese á bajar á la tierra para hacer que al fin reinasen la justicia y la paz! ¿No tenían las palabras la misma significación en todas partes y en medio de que religión había ido á parar para que la religión de los pobres y de los míseros, de los que sufren, se convirtiese en una pasión condenable, en una insurrección?

Sin poder comprender aun, vislumbró lo impolítico y lo inútil de una discusión y no tuvo más deseo que el de explicar lo que era su libro, dando razones para probar su inocencia; pero, á las primeras palabras, impidióle el cardenal seguir adelante.

—No, no, querido hijo, en eso emplearíamos mucho tiempo y yo quiero leer ciertos pasajes... Además hay una regla absoluta: todo libro que toca á la fé es pernicioso y condenable: ¿vuestro libro es respetuoso para con el dogma?

—Así lo pienso y puedo asegurar á su eminencia que no tuve intento de hacer una obra de negación.

—Está bien; hasta podría estar á vuestro lado si eso fuese cierto... Unicamente en el caso contrario no podría hacer más que daros un buen consejo; el de que retiraréis vos mismo ese libro, condenando y destruyéndolo sin que á ello os obligue una decisión del Índice. Cualquiera que sea el que dé el escándalo, debe hacerlo desaparecer y expiarlo cortando la propia carne. Un clérigo no tiene más deberes que la obediencia y la humildad y el aniquilamiento completo de todo su sér ante la voluntad suprema de la Iglesia. Y hasta

¿para qué escribir? porque hay algo de rebelión en eso de expresar una opinión propia y es siempre una tentación del demonio la que os dirige la pluma ¿Porqué correr el peligro de condenarse cediendo al orgullo de la inteligencia y de la dominación? Vuestro libro, querido hijo, no es más que literatura, nada más que literatura!

Esa palabra pronunciábala con un desprecio tan grande, que Pedro sintió toda angustia de las pobres páginas de apóstol que había escrito al caer bajo las miradas de aquel príncipe convertido en un santo. Le escuchaba, le veía engrandecerse y le dominaban un miedo y una admiración crecientes.

—¡Ah! ¡ah! querido hijo, esa fé total, desinteresada que cree por la única dicha de creer! ¡Qué tranquilidad más grande la del que se inclina ante los misterios sin tratar de escudriñar en ellos con la tranquila convicción de que al aceptarlos, se posee al fin lo cierto y lo definitivo! ¿No es esta la más completa satisfacción intelectual, esa satisfacción que da lo divino conquistando la razón, disciplinándola y colmándola hasta el extremo de que en adelante está como llena y hasta sin deseo? Fuera de la explicación de lo divino por lo desconocido no hay paz posible ni durable para el hombre. Es preciso poner en Dios la verdad y la justicia si es que se quiere que estas reinen en la tierra: ¡el que no cree es un campo de batalla entregado á todos los desastres! ¡Es la fé sola la que libra y tranquiliza el alma!

Y Pedro quedóse inmóvil un momento ante aquella gran figura que se erguía. En Lourdes no había visto más que á la humanidad arremolinarse para la curación del cuerpo y el consuelo del alma. En Roma era el creyente intelectual, el espíritu que tiene necesidad

de certidumbre, que se satisface saboreando el elevado goce de no dudar más. No había oído nunca aún un grito semejante de alegría por vivir en la obediencia y sin inquietudes para el día siguiente de la muerte. Sabía que Boccanera había tenido una juventud un poco borrascosa, con crisis de sensualidad en las que flameó la roja sangre de sus antepasados, y le maravilló la tranquila majestad que la fé había comunicado al ánimo de un hombre de raza tan violenta y en el que el orgullo era la única pasión que quedaba.

—Sin embargo,—se atrevió Pedro á insinuar al fin, pero con mucha dulzura,—si la fé permanece inalterable, esencial, inmutable, las formas cambian... De hora en hora todo evoluciona... el mundo cambia...

—¡Pero eso no es verdad!—exclamó el cardenal.— ¡El mundo está para siempre inmóvil!... Tropieza, se extravía, se interna en las más detestables vías y es preciso que continuamente se le lleve hacia el buen camino... Eso es lo verdadero ¿Es que el mundo, para que las promesas de Cristo se cumplan no debe volver al punto de partida, á la inocencia primera? ¿Es que el fin de los tiempos no se fijó en el día triunfal en que los hombres estarán en posesión de toda la verdad aportada por el Evangelio? ¡No! ¡No! La verdad está en el pasado, y al pasado hay que atenerse si no se quiere perder. Esas hermosas novedades, esos espejismos del famoso progreso no son más que lazos de la perdición eterna. ¿A qué buscar más, corriendo sin cesar los riesgos del error, puesto que hace dieciocho siglos que la verdad es conocida?... La verdad, sí, está en el catolicismo apostólico y romano tal cual lo creó la larga sucesión de las generaciones! ¡Qué locura quererlo cambiar, cuando tantos espíritus elevados, tantas almas

piadosas han hecho de él el monumento más admirable, el instrumento único de orden en este mundo y de salvación en el otro!

No protestó Pedro, pero se le oprimió el corazón, porque no podía dudar que tenía delante un adversario implacable de sus ideas más queridas. Inclínose respetuoso, helado, sintiendo pasar sobre su frente leve soplo, el viento lejano que llevaba en sí el frío mortal de las tumbas; mientras que el cardenal en pie é irguiéndose en toda su elevada estatura, continuaba expresándose con voz inflexible, resonante de altivo valor.

—Y si, como sus enemigos lo pretenden, el catolicismo está herido de muerte, debe morir en pie, en toda su gloriosa integridad. ¡Oidlo bien, señor abate, ni una sola concesión, ni un abandono, ni una cobardía! Es tal cual es y no podría ser de otra manera. La certidumbre divina, la verdad total, no tienen modificación posible y la menor piedra que se arranque al edificio no puede ser más que causa de derrumbamiento: ¿no es esto, por otra parte, evidente? No se salvan las casas antiguas en las que se mete el pico con el pretexto de repararlas, pues no se haría más que aumentar en ellas los estragos. Si fuese verdad que Roma está amenazada de convertirse en polvo, todos los revocos, todos los remiendos, no servirían más que para apresurar la ruina, la catástrofe inevitable. Y en vez de una muerte grande, inmóvil, sería la más miserable de las agonías, el fin de un cobarde que se agita y pide gracia... En cuanto á mí, espero. Estoy convencido de que todo eso son horrendos embustes y de que el catolicismo nunca ha estado más firme, puesto que debe su eternidad en la única fuente de vida. Pero aquel día en que el cielo se derrumbase, encontraríame yo aquí, en me-